

Luiso, 20-XI-1980 p. 3

68878+

LA PRENSA, JUN

## EL CURA LECOURT

POR JOSÉ ARRAÑO ACEVEDO

Era monseñor y mejor se le conocía como el cura Lecourt. Este fin de año cumplía sus bodas de oro sacerdotales, ya que se había ordenado el 20 de Diciembre de 1930.

Fue figura de relieve dentro de nuestro clero, especialmente por sus dotes intelectuales. En el Seminario Pontificio perteneció a directivas de academias literarias y ya presbítero, su inspirada pluma lo hizo autor de tres volúmenes de poesía. José Vargas Badilla, ha señalado que "es un bardo que sabe cantar con emocionada unción las cosas de Dios. Pleno está siempre su verso para decirnos con sencillez la forma y belleza del paisaje".

Por mucho tiempo mantuvo una audición radial que se llamaba Correo del Domingo, en la que daba respuesta a cualquiera inquietud so-

bre el siempre interesante tema religioso. También "El Mercurio" recibía su comentario del Evangelio, en una colaboración semanal titulada Lecturas Bíblicas.

Más que charlista, que poeta, que periodista, era un orador de primera clase. Era el orador que tenía la Iglesia chilena para las grandes ocasiones. Así, por ejemplo, en las exequias de nuestro primer cardenal, presidió por el Presidente de la República y su Ministro, el cuerpo diplomático y todo el episcopado, fue él el encargado de la oración fúnebre. Sus palabras dieron públicamente el punto de partida para la futura beatificación del eminentísimo difunto: "Y nosotros... guardaremos su ejemplo y, con avaricia de huérfanos, sus despojos benditos que, acaso un día, pro-

porcionarán reliquias para engalanar los altares".

Se hizo notable por su elocuencia desde que secundara al párroco de la Asunción, don Pedro No lasco Donoso — a quién poco después sucediera — creciendo su fama por todo Chile. Ricardo Boizard fue de los primeros en trazar su semblanza como artista de la palabra: "Eduardo Lecourt es una renovación en la oratoria sagrada de nuestro país. No tiene en absoluto esa terrible hojarasca de los oradores de cada día, ese tema sin revisión que se repite y que de tanto repetirse, hace que el cielo aparezca insulso y el infierno, inofensivo. No tiene tampoco esa solemnidad fría de la teología oficial, que deshumaniza los problemas y le va dando a la religión del amor una cierta categoría algebraica. No divide en mate-

rias, no subdivide ni hace cuadros geométricos. Es un orador que vuela sobre los temas, y aún volando por encima de ellos, los humaniza".

Tanto prestigio en una personalidad rica en virtudes sobresalientes, permitió que la Santa Sede le concediera el título honorífico de monseñor, pudiendo llevar, desde entonces, vestiduras prelaticias.

Y cuando se aprestaba a celebrar su jubileo de presbiterato, para dar agradecimiento a su Dios por tantos beneficios recibidos, el Señor — en sus insescribibles designios — quiso anticiparle el gozo celestial, con el premio reservado a los que en la vida terrenal le han entregado totalmente el corazón.

Pichilemu - noviembre de 1980

## El cura Lecourt [artículo] José Arraño Acevedo.

### Libros y documentos

#### AUTORÍA

Arraño Acevedo, José, 1921-2009

#### FECHA DE PUBLICACIÓN

1980

#### FORMATO

Artículo

#### DATOS DE PUBLICACIÓN

El cura Lecourt [artículo] José Arraño Acevedo.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile